

EDUCACION EN UN MUNDO EN CRISIS

I

EN los últimos años, y especialmente en los últimos meses, se ha estado debatiendo sobre el tema de la orientación que debe darse a la educación, a todo el quehacer educativo, en el presente y en los años por venir. En estos debates los educadores, tanto los profesionales como los no profesionales, han tomado posiciones y han ofrecido desde éstas sus diferentes puntos de vista. A través de las distintas ponencias que han sido presentadas al público ávido de conocer acerca de los problemas educativos del país, se observan algunas cosas que merecen cuidadosa consideración, estudio y análisis detenido, a la vez que juicio imparcial y sereno.

Se observa, por parte de unos, un gran interés por el intelectualismo, por el regreso a los clásicos, por el cultivo del racionalismo, por el esencialismo pedagógico. A la vez, se nota desprecio por la técnica, por el conocimiento aplicado, por lo práctico, y hasta se llega a sostener que el técnico es un infrahombre o, por lo menos, un hombre a medias.

Por el otro lado, se observa otra corriente de pensamiento que reconoce que el conocimiento es vital, que hay necesidad de cultivar el intelecto, pero sin descuidar el hecho de que el conocimiento debe adquirirse en forma funcional. Estos últimos ven en todas las actividades prácticas de la vida medios para el logro del conocimiento. No desprecian la técnica ni menosprecian a quienes la ejercen. No aspiran a la adquisición del conocimiento por el conocimiento mismo. Mas bien ven en éste un medio para el logro de fines más elevados, entre éstos, el de dominar, mediante las diferentes técnicas al alcance del hombre, las fuerzas de la naturaleza para la creación de una civilización más grande y más satisfactoria en la que el ser humano pueda disfrutar de mejor suerte y de un grado mayor de felicidad.

Entre los partidarios de ambos puntos de vista en relación con la educación en el mundo actual, en este mundo nuestro en crisis, hay diferentes criterios que confligen. Estos conflictos no pueden armonizarse porque cada grupo se aferra en exigir que la educación siga los lineamientos de su doctrina. De este modo han convertido en dogma lo que debería ser la ciencia de la educación. No vemos cómo puedan armonizarse los criterios si los sostenedores de una escuela de pensamiento tienden a excluir todo lo que se relaciona con la otra. De ese modo, se convierte en realidad viva el dicho bíblico de que “el que no está conmigo, contra mí es”.

II

Los intelectualistas sostienen que el conocimiento es la única guía del hombre en la tierra. Se remontan a los días de Platón quien sostenía que la esencia del universo es la racionalidad y que la educación debe exaltar en el niño el intelecto por sobre los sentidos. Convertido el niño en adulto, debe guiarse por la razón. En la educación del niño lo ideal debe estar por encima de lo real. La verdad pertenece al mundo suprasensible, mundo de ideas, de formas o arquetipos, que sólo puede ser comprendido mediante el ejercicio de la razón pura. Para ello

es indispensable una educación abstracta, verbalista, puramente intelectualista o contemplativa.

Si las cosas de este mundo son sólo imitaciones o copias de las formas existentes en el empyreo, éstas son imperfectas, corruptibles, pasajeras y efímeras. El hombre, en cuanto ser físico, tiene las mismas características que las demás cosas físicas y, por lo tanto, es una sombra de la realidad.

En un mundo de sombras, de pseudorealidades, ¿cómo puede el hombre captar la verdadera realidad? Platón nos da una solución a este problema con su teoría de las ideas *a priori*. El hombre es un compuesto dual de cuerpo y alma. El alma es racional y tiene afinidad con la realidad que existe en el mundo suprasensible. Con anterioridad a su alojamiento en el cuerpo humano, el alma estuvo en contacto con las ideas puras y especialmente con la Idea del Bien. De esto se desprende que la razón humana es parte de la Razón Divina.

Para conocer la realidad, de nada sirven los sentidos. Si de algo sirven las impresiones sensoriales es para producir en la mente humana el recuerdo de lo ya conocido, toda vez que en su contacto con las ideas puras o arquetipos, el alma adquirió el conocimiento de la realidad antes de su arribo a este mundo. Se nace sabiendo. De ahí que Platón une, en la educación, la teoría de las ideas innatas a la teoría de la reminiscencia.

La educación, por lo tanto, debe ser puramente teórica, abstracta, contemplativa. En ella la experiencia directa no tiene cabida ni ejerce función alguna. La educación es disciplina mental y tiene como fin el desarrollo de la racionalidad que es la que le da dirección al hombre en el transcurso de su vida.

Por lo anteriormente expuesto, podemos darnos cuenta de que es con Platón que se origina el concepto de disciplina mental y de transferencia de aprendizaje. Estos dos conceptos tienen aún vigencia para muchos educadores intelectualistas. Para el logro de ambos, la mejor prescripción es las artes liberales y la filosofía. De las artes liberales, las matemáticas tienen preferencia. Aquellos que adquieren destreza en ellas logran pronti-

tud en el razonamiento, se hacen más inteligentes, adquieren mayor rapidez en el aprendizaje y alcanzan mayor poder para retener lo aprendido.

Sabido es que en Atenas no se tenía aprecio por la persona que se dedicaba a las artes prácticas. Estas, al igual que todo quehacer manual, eran tenidas por deleznable y denigrantes. Se consideraba que sólo los esclavos deberían dedicarse a menesteres tan bajos. La educación liberal era para la *élite*, la clase ociosa, de la cual habrían de surgir los gobernantes. En la Grecia de entonces los griegos se dividían en dos clases: en esclavos y libres o sea, en medios y fines. Si alguien de entre los libres se dedicaba a las artes prácticas se degradaba y se hacía despreciable ante los ojos de sus contemporáneos.

III

Desde Platón hasta nuestros días los intelectualistas han adoptado diferentes puntos de vista con relación a la educación. Pero esencialmente siguen creyendo en ésta como disciplina mental. Finney, para citar un caso, insiste en que la educación debe ser adiestramiento pasivo de la mente (*passive mentation*).

Sostienen que debe darse énfasis al dominio de las materias de estudio y que debe haber estricto rigor académico. De otro modo, el alumno no llegará nunca a captar y a hacer suya la herencia cultural de la raza humana. El estudiante debe ser receptivo y su mente debe, como una vasija, llenarse hasta el borde.

Para lograr el dominio completo de las materias de estudio se recurre a las frecuentes lecciones de repaso y de práctica. Aspiran a que toda destreza se convierta en respuesta automática. Saber es saber de memoria, es poder repetir con fidelidad lo que dice el texto sin importar si esto se entiende o no. La educación es verbalista y sin sentido.

Lo importante es que el alumno domine las materias que estudia. El que la educación se base o no en los intereses del

educando o que a éste le agrade o no lo que aprende, es asunto de poca importancia. Se entiende que el alumno no va a la escuela para que le agrade lo que debe aprender. Asiste a ella para aprender. El agrado o desagrado no es parte del "guiso pedagógico". Sin embargo, se puede apelar a la motivación extrínseca, a premios y castigos. Con la misma mano que se aplaude la actuación loable, se castiga la que no lo es. Y todo se hace con el mismo amor.

Este tipo de educación requiere una escuela disciplinaria. Allí debe imperar el *MAGISTER DIXIT*. La autoridad debe ser indiscutible. La escuela debe organizarse en forma tal que la disciplina sea militarista, jerárquica, inflexible. El maestro debe ser para el alumno el líder fuerte al igual que el director del plantel debe ser para el maestro, el jefe.

La *élite* debe tener una educación académica rigurosa. La masa, por la naturaleza de su función en la vida, debe ser eficiente y obediente. Aunque ésta es la mayoría de la población, por ser incapaz de pensar, debe estar destinada a los oficios y a los trabajos rudos. Para ésta basta con los rudimentos de una educación elemental y el adiestramiento en los oficios.

En cuanto a la educación superior, Robert Hutchins ha asumido el liderato entre los intelectualistas. Veamos lo que el ex presidente de la Universidad de Chicago tiene que decir al respecto:

1. Da énfasis a una educación puramente intelectualista que debe empezar en el penúltimo año de escuela secundaria y debe extenderse hasta el segundo año de universidad. Para este tipo de educación, recomienda lo que en Estados Unidos se llama el *Junior College*. Este colegio debe radicar fuera de la Universidad.
2. Al nivel universitario, la educación debe ser general. Esta debe cultivar las virtudes intelectuales ya que la educación que cultiva estas virtudes es la más útil.
3. La universidad debe cultivar la erudición y adiestrar la

mente del educando. Para el desarrollo del carácter es necesario el cultivo y adiestramiento de la mente.

4. Se debe aprender por el deseo de saber. La educación debe emprender la búsqueda de la verdad por la verdad misma. Ante el dilema de la educación profesional y la educación puramente intelectualista, Hutchins opta por la segunda. La universidad no debe profesionalizarse.
5. A medida que las universidades degeneran en escuelas vocacionales, las profesiones van degenerando en oficios. Esto quita la razón de ser a la universidad.
6. Las técnicas de una profesión no deben aprenderse en la universidad. En ésta deben adquirirse los principios generales, la teoría. Toda vez que las prácticas en las profesiones cambian con rapidez, éstas no deben enseñarse en la universidad.
7. Se manifiesta en contra de los deportes al nivel universitario. Estos y las actividades sociales infestan a los colegios y universidades. Critica al estudiante que sólo desea una universidad divertida.
8. Estima que el anti-intelectualismo campea por las universidades. Sostiene que al tratar de ajustar a los alumnos a la situación moderna se ha producido el fenómeno más anómalo que darse pueda, cual es el de la universidad anti-intelectualista.
9. Al nivel universitario la libertad es desorden.
10. Educar, según él, es sacar a flote (to draw out) los elementos comunes de la naturaleza humana. Para ello los estudios indispensables deben ser los clásicos. Quien no los haya estudiado, no debe considerarse educado.
11. Siendo la verdad la misma en todas partes, la educación debe también ser la misma en todas partes.
12. La noción de utilidad confunde los fines inmediatos con los mediatos. La educación debe ser el cultivo del intelecto ya que éste es un bien en todas partes.

13. Debemos dejar la experiencia a la vida y dedicarnos al adiestramiento intelectual.
14. La universidad debe consistir de tres facultades solamente, a saber: metafísica, ciencias sociales y ciencias naturales.
15. En la universidad los cursos electivos deben reducirse al mínimo. No debe dejarse la educación a los intereses esporádicos del alumno.
16. La educación general debe hacerse principalmente en las materias siguientes: gramática, retórica, lógica y matemáticas.

En resumen, para los intelectualistas, entre el saber, el sentir y el hacer, prefieren el saber. Lo demás es secundario. Por eso, el énfasis mayor recae sobre el contenido y sobre el adiestramiento pasivo de la mente.

IV

Los educadores de la nueva escuela constituyen el reverso de la medalla. Estos tienen un concepto diferente de la sociedad, del niño, del aprendizaje, de las finalidades de la educación y de las materias de estudio que deben constituir el currículo que sirve de medio para el logro de esas finalidades. Sostienen un concepto muy distinto del proceso de la enseñanza el cual guarda relación con el concepto del aprendizaje que postulan.

La sociedad actual es una de cambios rápidos. Lo que ayer se consideraba moderno hoy ha dejado de serlo. Cambian todos los aspectos de la cultura al impulso de la ciencia aplicada y de la tecnología. Nuevas industrias surgen y viejas industrias desaparecen. Nuevos procesos se inventan o se descubren y los viejos se echan a un lado por obsoletos. Cambia el concepto de la moral y los viejos cánones de ésta reciben nueva interpretación o se descartan por no tener vigencia dentro de las nuevas circunstancias. Miramos las cosas viejas con nuevos modos y fines.

Ante la realidad del continuo cambio no hay lugar para el conservadorismo educativo. Si evolucionan las ideas políticas, sociales, religiosas, económicas, etc., las ideas educativas necesariamente tienen que sufrir gran transformación.

Ante esa realidad surge la nueva escuela con nuevas ideas o con una reinterpretación de las viejas ideas en el campo educativo. Tuvo ésta como principal propulsor en los Estados Unidos a John Dewey. Le siguió un buen número de discípulos quienes como él comprendieron que los nuevos tiempos demandan nuevos procedimientos educativos a tono con las nuevas exigencias de una sociedad en rápida transición.

La nueva escuela no considera la educación como adiestramiento mental pasivo (*passive mentation*). La considera como un proceso activo. Postula una relación activa entre individuo y ambiente. El ambiente reta continuamente al individuo y éste reacciona constantemente ante los estímulos que recibe. Esta relación activa se traduce en vivencias de las cuales surge la experiencia. La experiencia, pues, es un producto de esta interrelación y transacción continuas entre el individuo y el ambiente. Esta experiencia se traduce en cambios de conducta, en aprendizaje.

La nueva escuela no descarta la herencia cultural que la sociedad ha acumulado a través de los siglos como afirman sus detractores. Aspira a que el educando, mediante una educación activa, adquiera la cultura, la enriquezca y la trasmita a la generación siguiente más vigorosa y más potente que lo que él la recibió de la generación precedente. Para el logro de este objetivo no acepta la educación como disciplina mental ni como un proceso contemplativo en el que la actividad principal sea la absorción de ideas abstractas y sin sentido. No acepta una educación verbalista sin relación con la experiencia misma del educando.

El educador de esta escuela no ve la mente como una entidad ni como un conjunto de facultades que requieren determinadas disciplinas para su desarrollo. Para él la mente es

poder para comprender las cosas en términos del uso que de ellas se hace (Dewey). Es capacidad para relacionar las situaciones presentes con los resultados futuros y viceversa (Dewey). Consiste de símbolos significativos que se forman en el proceso interactivo entre individuo y ambiente los cuales permiten la comunicación entre los individuos, facilitan la anticipación de consecuencias en toda conducta proyectada y, por lo tanto, hacen viable la conducta inteligente y responsable. Este concepto funcionalista de la mente implica una nueva educación.

Sostienen los evolucionistas que el hombre en su evolución pasó por varios niveles: el físico, el biofísico y el psicofísico. De la materia surge en alguna forma la vida que va poco a poco diferenciándose. En el proceso de interacción el hombre desarrolla la mente, colocándose en el tercero de esos niveles. Los educadores de la escuela nueva sostienen que la mente surge en el niño como resultado de la interacción con su ambiente. Surge de la experiencia con las cosas y los otros individuos, de lo que éste le hace a las cosas y de lo que ellas en cambio le hacen a él. No es una entidad que se trae al nacer. Es un producto, una consecuencia de la interacción con el ambiente físico y social.

Muchos educadores tradicionalistas, por el contrario, han visto la mente como una entidad y por ello han dado énfasis a determinadas disciplinas para su desarrollo y crecimiento. Los educadores modernos sostienen que la educación así impartida es mera palabrería, verbalismos que por estar tan divorciados del contexto de la acción y la reacción carecen de significado. El significado sólo se obtiene del contacto directo con las cosas.

En la interacción con el ambiente el ser humano desarrolla cierto grado de selectividad. Prefiere unas cosas y rechaza otras. Estas preferencias se convierten en sus intereses. A medida que aumenta su experiencia, mayor es el número y mejor la calidad de sus intereses. Estos intereses no son caprichos ni meros deseos. Son vías a través de las cuales se canaliza la acción. Son el motor que impulsa la acción del individuo. El

interés le da propósito a la acción y el propósito le imparte sentido a ésta.

Cuando hay interés y hay propósito en los individuos que componen el grupo escolar la acción no es aislada e individual. El interés y el propósito se comparten, se hacen comunes. No solamente hay comunidad de propósito. También hay comunicación. Cuando esto sucede, cada individuo trabaja para la satisfacción del interés de todos. Juntos planifican y juntos pesan y sobrepesan las consecuencias de las actividades a realizar. Esto les permite la acción inteligente. Tomar en cuenta los intereses de los alumnos no significa que se deje el quehacer educativo a su capricho. Significa que si el maestro conoce los intereses de los alumnos, puede usar éstos como punto de partida en la labor educativa. La organización de las materias se hará más bien psicológica que lógicamente. Significa, además, que la motivación será intrínseca. Quien tiene genuino interés aprende con facilidad. Aprender en esta forma es semejante al nadar en favor de la corriente. Aprender cuando no se tiene interés por lo que se aprende, por el contrario, es semejante a nadar contra la corriente. Quien llegue a su destino nadando en esta forma llegará exhausto, fatigado y sin deseos de repetir la experiencia.

Para los tradicionalistas la experiencia es un mero nombre dado a la absorción de cierto contenido porque se estima que éste es bueno para el desarrollo de la mente. El educador de la escuela nueva no ve en el saber un fin en sí. El conocimiento, aislado de las cosas, como se ha dicho anteriormente, no tiene sentido. De ahí que la actividad debe conducir al uso de las cosas y a ver cómo esas cosas reaccionan con su uso, qué cambios se operan en ellas y cuáles en el educando, qué consecuencias resultan de esa acción.

Para el tradicionalista la disciplina es impuesta. La sala de clases es un sitio quieto, tranquilo, lúgubre. El alumno no trabaja en ella para la satisfacción de sus propios intereses sino para satisfacer los del curso que estudia y los del profesor que dirige.

Cuando la disciplina es autoimpuesta se desarrollan intereses comunes, comunicación y coparticipación, elementos que son esenciales para que haya comunidad. Este es el ambiente apropiado para la democracia. Allí habrá consulta, intercambio de ideas, experimentación, cooperación mutua y aprendizaje, no sólo de la materia que se estudia, si que también de la sana convivencia democrática.

Las actividades no se reducen a aquellas de carácter físico-motor, o la memorización de contenido exclusivamente. Lo primero —la actividad físico-motora solamente— dejaría al niño al nivel subhumano. No le daría oportunidad de hacerse hombre ni de vivir a la altura de las ideas de su tiempo. Lo segundo lo dejaría lleno de ideas sin sentido, ideas tan divorciadas de la vida misma que en ninguna forma lo capacitarían para tener el verdadero sentido de la vida. Si lo primero nos produciría un subhombre, lo segundo nos produciría simple y llanamente un hombre inútil. El uno no llega a ser hombre por quedarse al nivel animal, el otro tampoco llega a serlo porque se convierte en un fraude.

Para lograr el ideal del hombre que se han forjado los tradicionalistas se necesita un currículo especial. Desde la antigüedad las artes liberales han venido a constituir las materias de estudio. Hoy se da énfasis a los clásicos, a las humanidades como el *sine qua non* para producir hombres cultos.

Los educadores de la escuela nueva no se oponen a las artes liberales. No las descartan. Simplemente creen que toda educación debe satisfacer las necesidades del individuo y de la comunidad. Creen que debe empezarse por las materias esenciales primero para llegar a los refinamientos luego (Dewey). Se entiende por esenciales aquellas experiencias en que diariamente participa el mayor número de personas en la comunidad. Los conocimientos especializados deben venir luego de estas cosas esenciales. El currículo lo constituyen todas las cosas con que vienen en contacto los educandos diariamente. Entre esas cosas están los libros y revistas, pero no se limita la educación a esos contenidos impresos. La experiencia pasada que aparece

en ellos sirve de estímulo y de medio para comprender las situaciones problemáticas en que se busca la solución de determinado problema. Este conocimiento informativo sirve de puente para ir de lo conocido a lo desconocido. Sirve para iluminar al individuo en el proceso de adquirir las nuevas experiencias en ese proceso activo de hacer y de aprender. Así, la experiencia indirecta, la de segunda mano, adquiere significado por la función que ejerce sirviendo de enlace entre lo viejo y lo nuevo, entre lo conocido y lo que se anhela conocer.

El alumno de la nueva escuela no aprende acerca de la vida. Aprende a vivirla y de la vivencia obtiene la experiencia, el aprendizaje, que habrá de hacerlo crecer en madurez.

La nueva escuela postula que la educación debe desarrollar madurez en el alumno. A medida que ésta aumenta, el individuo demostrará mayor control de sí mismo y su conducta será cada vez más inteligente y menos regida por el impulso. Una demostración de esa madurez será el que el individuo se preocupe cada vez más por lo que es deseable que por lo que desea. En otras palabras, el individuo, según va ganando madurez, se irá dando cuenta de que todo lo que quiere no es querible y de que todo lo que desea no es deseable. Dicho de otro modo, a medida que el individuo crece en madurez irá adquiriendo el poder de anticipar las consecuencias de sus actos y podrá guiar inteligentemente su conducta.

Los partidarios de la escuela nueva insisten en que la educación debe convertir al niño en un ser pensante. Con la adquisición pasiva de la experiencia ajena para memorizarla y repetirla, como lo exige el educador tradicionalista, no se desarrolla el razonamiento. La educación así impartida comunica al educando información inerte y carente de significado. La escuela nueva usa el método de la ciencia como el método de la reflexión. Postula que toda situación novel deja al individuo en confusión, como en una maraña en la que no se ve con claridad el curso de acción a seguir. Con la experiencia previa analiza la situación en forma reflexiva. De este modo logra discernir los factores que le afectan y que no le dejan seguir un curso de ac-

ción determinado. Ya se ha hecho la luz en la oscuridad. Esta comprensión o iluminación le permite intelectualizar las dificultades que hay en la nueva situación. Cada dificultad se traduce en un problema y cuando se tiene planteado el problema el mismo está en vías de solución. Cuanta actividad se realice para el estudio, análisis y solución de problemas requerirá bregar con las cosas, leer acerca de ellas, informarse, experimentar, investigar, etc., con el fin de recopilar la información y los datos que tienen relevancia para la solución deseada. Habrá que consultar diversas fuentes, entrevistar a quienes saben de la materia. Estudiando el problema o resuelto el mismo, se habrá adquirido una gran cantidad de información valiosa, funcional y significativa.

Se aprenden las mismas cosas que interesan al educador tradicionalista, pero con un énfasis y un fin distinto. Mientras el alumno educado por el tradicionalista aprende por el deber de saber, el otro, el educado por la escuela nueva, aprende para resolver un problema que le preocupa, aprende para usar y aplicar. El primero aprende para almacenar o, si acaso, para pasar un examen, el otro lo hace para satisfacer la necesidad de encontrarle la solución a un problema. La memorización de información es uno de los resultados de toda esta labor, pero no es el único. Aparte de la información adquirida, también es importante el método de bregar con los problemas, los hábitos de trabajo, la manera de buscar la verdad, las actitudes que se desarrollan en este procedimiento y los nuevos intereses que se despiertan en los estudiantes mientras investigan, experimentan y observan. Con la educación pasiva el trabajo se convierte en deber. Con la educación activa el mismo se convierte en placer.

Este método de trabajo requiere la cooperación de todo el grupo. Como ya hemos señalado, el interés de uno se convierte en el interés de todos y todos trabajan para el logro de fines comunes. Hay participación de todos. Se comparte el interés y los logros son comunes. El alumno habla en primera persona plural. "Estamos haciendo esto o aquello". Con la educación pasiva, el niño habla en primera persona singular. "Estoy ha-

ciendo tal o cual cosa". Se desprende de esto, a juzgar por lo antes expuesto, que la educación activa tiene un alto valor social y socializador y que la educación pasiva conduce al individualismo, a que cada individuo trabaje para sí. Esto reduce al mínimo la interacción y la participación entre los diferentes miembros del grupo.

Con la interacción se desarrolla la personalidad y para el desarrollo de ésta la comunicación es esencial. Se comunican las ideas, los símbolos, los valores, los intereses y los propósitos. Con la comunicación y la coparticipación se crece en la acción social que proveen las diferentes situaciones en las que el grupo participa en forma propositiva y coordinada.

V

Vivimos en un mundo en crisis. El hombre no se siente satisfecho ni seguro en él. Pero no se detiene a razonar prefiriendo más bien racionalizar. Quiere hacer ajustes que le permitan afrontar ciertas situaciones en la vida con el menor número posible de dificultades. Canta mientras se baña, según él, porque se siente alegre; pero no dice que lo hace para ahuyentar el miedo que tiene al agua fría. Muchas veces aparenta no querer lo que desea ardientemente y exclama como la zorra: "No las quiero comer, no están maduras". En otras situaciones pone la culpa de sus fracasos en agentes externos a él. De este modo responsabiliza a quien no tiene la menor culpa de su falta de éxito en la vida.

Siguiendo esta misma línea de razonamiento —si es que se puede decir que en la racionalización hay razonamiento— los individuos en particular y la sociedad en general, hacen responsables de los fracasos de toda la sociedad a individuos o agrupaciones, a organizaciones o instituciones que de un modo u otro tienen la función de encauzar el progreso de toda la comunidad en su aspecto global. Unos culpan a la iglesia, otros a cualquiera otra de las diferentes instituciones que existen en el país. La generalidad culpa a la escuela pública.

A través de toda la historia de la educación vemos que se acusa a la escuela de no ajustarse a la época, de no llenar a cabalidad su cometido, de cometer pecados de omisión que han conducido la sociedad al rezagamiento o al retraso. Sabido es que Sócrates pagó con su vida al acusársele, entre otras cosas, de corromper la juventud en una Atenas ya corrompida. En Roma Quintiliano no era visto con muy buenos ojos por sugerir que los jóvenes fueran educados en grupos más bien que individualmente por el gran valor social que de este tipo de educación podría derivarse. Conocida es la crítica que Rabelais hacía a la educación en la Francia de su época. Para no ir muy lejos, recordemos que la educación actualmente en los Estados Unidos ha sido sometida a tremenda crítica desde mucho antes de que los rusos pusieran en órbita su primer Sputnik. Luego de ese acontecimiento, y especialmente después de enviar ese país al primer astronauta al espacio, la escuela pública americana está bajo el fuego y se piden cambios radicales en ella porque, al decir de los críticos, no se ajusta a las realidades de nuestro tiempo.

Sólo falta que alguien culpe a la escuela porque aún no se han podido prefabricar las condiciones del tiempo. Si la familia está en crisis, si se ha perdido el fervor religioso, si la sociedad se torna cada vez en más materialista, si la moral de la sociedad ha cambiado y sigue cambiando con paso acelerado, si aumenta la delincuencia juvenil o si los hombres han perdido las características caballerosas que nos legó el pasado, la escuela es la culpable. Se necesita una víctima a quien echarle la culpa y la víctima se ha encontrado en John Dewey, uno de los iniciadores de la nueva escuela, y en la educación que su sistema pragmático ha condicionado.

Muchos de los educadores intelectualistas y muchos líderes en otros campos de acción hoy extienden su vista al pasado y exclaman a pulmón lleno: "Volvamos al Renacimiento o más atrás aún, al *politor humanitas* de que hablaba Cicerón.

Se mira a los profesionales de la educación como se miraba a Sócrates. Si campea el individualismo, el materialismo, el

concepto realista de la vida, ese profesional de la educación es responsable. Debemos lanzarlo del templo en la misma forma en que Jesús echó a los mercaderes de la casa de Dios.

VI

El momento actual requiere que nos sentemos todos a meditar juntos acerca de los problemas que nos afectan directa o indirectamente como pueblo. Requiere que entre todos tracemos objetivos comunes para orientar la vida de nuestro país. Requiere que señalemos las funciones que todas y cada una de las instituciones de nuestra sociedad debe realizar para el logro de todas esas finalidades. Demanda que los profesionales de la educación, dentro del marco general de acción social que deba emprenderse para el logro de todas esas metas, se sitúen y sitúen a la escuela pública como institución con objetivos diáfanos y claros, con una filosofía educativa a tono con las necesidades, valores, aspiraciones y demandas de la cultura nuestra en la situación actual. Una vez que la escuela se sitúe con su filosofía educativa, al igual que todas las instituciones con su encomienda específica, dentro del marco general de esa acción social, emprendamos juntos la marcha hacia un porvenir previsible seguros de lo que queremos y de lo que buscamos.

Si hacemos esto, el educador sabrá a qué atenerse. Consciente de que la educación posee unas finalidades que le dan dirección, el educador podrá elaborar los medios para el logro de esos fines. Entre estos medios estarán el método y el currículo. Consciente de su tarea, el educador podrá ingeniar la manera de educar al hombre del mañana teniendo una imagen clara de la sociedad, del niño, del hombre y de la cultura, además de las materias de estudio que son necesarias para su realización. Adoptará, desde luego, aquellos procedimientos que estén más en armonía con las modernas ciencias de la educación.

De otra manera, el educador seguirá dando palos a ciegas y seguirá cargando con las culpas y los pecados de omisión y de comisión, tanto de los individuos como de las instituciones que

no han realizado eficientemente la parte que les corresponde en esta labor concertada. Sin un rumbo claro y diáfano, la escuela continuará siendo la víctima, el blanco de todos los ataques no importa que siga los procedimientos que tanto aman los educadores tradicionalistas e intelectualistas o los que recomiendan y prefieren los partidarios de la nueva escuela.

REFERENCIAS

- Childs, John L.: *American Pragmatism and Education*, New York: Henry Holt and Company, 1956.
- Butler, J. Donald: *Four Philosophies and Their Practice in Education and Religion*, New York: Harper and Brothers, 1951.
- Dewey, John: *Democracia y Educación*, una introducción a la filosofía de la educación, 2a. ed., traducción de Lorenzo Luzuriaga, Buenos Aires, Editorial Losada, S. A., 1953.
- : *Psicología del Pensamiento*, traducción de Alejandro Jascalevich, Boston, D. C. Heath y Compañía, editores, 1917.
- Hutchins, Robert M.: *The Higher Learning in America*, Yale University Press, 1936.